

da a la Corona el dominio total de esas posesiones así lo reconoció el Papa Alejandro VI y también le da la facultad, sin límite, de someter a esclavitud y servidumbre, aún por la fuerza, a los indios que las pueblan. Me reservo el derecho de la réplica una vez que mi contendiente haga uso de la palabra.

Ya para cuando concluyó Sepúlveda yo estaba verdaderamente indignado y con una insolente imprudencia -lo reconozco- me puse de pie y sin esperar a que me otorgara el uso de la palabra el presidente de la Junta irrumpí en un tono verdaderamente reñido con la circunspección que inspiraba aquella solemne sesión y dije:

«Es una verdadera monstruosidad lo que acaba de enunciar este prominente polígrafo español, de tendencias renacentistas italianas, que se ha caracterizado en el mundo de las letras por su fervoroso estudio de la antigüedad clásica griega y latina y que en su devota exaltación a esa cultura la toma como norma irreductible en lo que se refiere a literatura, arte, ciencia, y filosofía; de tal suerte, que para él nada puede explicarse o valorarse al margen de la sabiduría helénica. Esa veneración culterana de Ginés de Sepúlveda hacia lo clásico lo ha llevado, tal vez sin proponérselo, a la menguada gloria de la erudición, que consiste en imitar los pensamientos de los grandes filósofos de la antigüedad y que no es mayor gloria que la de algunas aves, precisamente de América, parientes de las guacamayas, que repiten y repiten todo lo que escuchan . . . ¡Perdónenme sus Señorías por esta impertinente disgresión! pero me subleva la ligereza de Sepúlveda de emitir juicios, dictar sentencia, condenar a seres que no conoce y formular teorías a priori sobre realidades con las que nunca ha tenido el menor contacto. Yo a eso le llamo generosamente ¡frivolidad! y digo «generosamente» porque siento su actitud más alejada del dolo que de la inconsciencia . . . -y continué diciendo- ¡Miente quién afirme que los indios son seres irracionales! ¡Miente quien diga que viven en un estado de barbarie al nivel de las bestias y que están más cerca de los micos que de los hombres! Esa es una calumnia nacida de la ignorancia, de la mala fe o del interesado juicio de los informantes que quieren justificar en eso una pretendida servidumbre natural y consecuentemente la esclavitud de los indígenas para explotarlos más y tratar de colmar su insaciable codicia. Por el contrario, gozan de razón, de capacidad moral y política, de habilidad mecánica, de buena disposición y belleza de rostros y cuerpos. Muchos de ellos pueden superar a los españoles en virtudes cristianas, sobre todo en mansedumbre, humildad y bondad. Yo he vivido con ellos durante muchos años y confieso que me han impresionado muchos aspectos de su cultura mística y astronómica, que increíblemente -en su origen- tiene grandes similitudes con los primeros balbucesos de nuestra civilización europea y asiática. Por ello creo que los indios del Nuevo Mundo están en disposición anímica para recibir con entusiasmo la gloria de la evangelización cristiana, sin necesidad de cadenas ni estropicios . . . En esto estaba cuando abruptamente me interrumpió Sepúlveda y dijo, dirigiéndose a mí:

“Distinguido colega: Si bien es cierto que yo no he estado en las tierras del Nuevo Mundo, mi opinión sobre lo que allá sucede o existe la he formado escuchando con atención las confiables versiones de hombres eminentes que han vivido muchos

años en aquellas latitudes y que a fe mía y a fe pública son más juiciosos, sensatos y prudentes que muchos gestores febriles, que en una ardorosa defensa de los infelices aborígenes, pretenden torcer la realidad para su propia vanagloria o simplemente por notoriedad. Las opiniones que han sido mi guía en mis estudios han sido vertidas por hombres honestísimos de quienes nadie puede tener duda y precisamente pongo como ejemplo a dos de los prominentes integrantes de esta Junta, me refiero a fray Tomás Ortiz y a fray Domingo de Betanzos aquí presentes, ambos pertenecientes a la orden de los dominicos, como usted, y que también estuvieron conviviendo mucho tiempo con los indígenas en el nuevo continente. A este respecto aquí tengo en mi poder algunos escritos que pongo a disposición de los demás integrantes de esta junta y también de mi contraparte, donde fray Tomás Ortiz declara textualmente: «Afirmo que nunca Dios creó una raza más llena de vicio y sin la menor traza de bondad o de cultura. Los indios son «más estúpidos que los asnos» y se niegan a mejorar en cualquier terreno. También fray Domingo de Betanzos, nada menos que primer provincial de los dominicos afirmó: «Que los nativos eran bestias, no hombres». Y con un desplante de aire triunfal Sepúlveda concluyó su intervención diciendo: ¡Por lo que a mí toca creo más en las opiniones de tan distinguidos dominicos que en cualquier otra versión apasionada, que, por su propia vehemencia, resulta menos confiable!» . . . y se apoltronó en su asiento con una indisimulada sonrisa que poco tiempo le duró porque inmediatamente arreció mi combate:

En primer lugar señor Sepúlveda, no acepto el tratamiento de «colega» que me dio al principio de su intervención. ¡Yo no soy colega suyo! . . . la palabra «colega» viene del latín «colegere» que quiere decir «colegio» y yo no pertenezco, ni nunca he pertenecido a ningún colegio de esclavistas. De ahí que no soy, ni puedo ser colega de usted. Por otra parte, no me resultan extraños, ni sorprendentes los escritos a que usted ha hecho referencia, ni las opiniones que en ellos aparecen de fray Tomás y fray Domingo. Ya las conocía y ya las habíamos discutido allá en aquellas tierras. Ahora bien, con el fin de no hacer un conflicto de protagonistas y de no desviar el objetivo de esta polémica sólo diré en relación a las apreciaciones de mis hermanos dominicos, como ya se los he dicho a ellos en repetidas ocasiones, que no comparto en absoluto sus pensamientos porque me parecen infundados, injustos y denigratorios. Sin embargo, en un afán cristiano de tratar de comprender su actitud, aplico simplemente el conocido proverbio de que «cada quien opina de la fiesta según como le haya ido en ella». Aunque en el presente caso considero, con todo respeto, que fueron a la fiesta, pero les faltó convivir o tratar de penetrar más en el alma de los participantes. Eso mismo le sucedió en un principio al gran Bernardino de Sahagún, fraile franciscano que llegó a la Nueva España allá por 1529 y que en su propósito de evangelización se propuso ante todo aprender la lengua de los indios para tratar de comprenderlos mejor. De recién llegado dijo cosas terribles de los aztecas. Lo llamó un pueblo extraño y perverso poseído de un espíritu indómito y malvado que rendían culto a Satanás, al que habían levantado grandes templos donde se realizaban los más crueles sacrificios humanos abriendo el pecho de sus hermanos y ofrendado sus corazones al demonio. «Jamás he hallado -decía Sahagún- cosa alguna que aluda a la fe católica, sino todo lo contrario

y todo tan idolátrico que no puedo creer se haya predicado nunca el evangelio y es verdaderamente lamentable y horrible ver que nuestra humana naturaleza haya venido a tanta bajeza de degradación y oprobio que infama y deshonra a todo el linaje humano y que urge purificar; Señor Dios -imploraba el fraile- esta injuria no solamente es vuestra, sino también de toda la humanidad. Por eso merece el pueblo azteca un terrible castigo para que expie tan horrendo ultraje». Repito que esto pensaba Sahagún al principio, pero una vez que convivió con los indios y que llegó a dominar perfectamente la lengua nahoa, tuvo con ellos una mayor comunicación, y pasados unos años escribió cosas completamente distintas. Se refirió a los aztecas como un pueblo austero, amante de la virtud y del orden, sobrio en sus consejos y vigoroso en sus costumbres. A veces se muestra perplejo y sorprendido al percibir inesperadas afinidades de la religión indígena con algunos aspectos de la cristiana. Le sorprendía también de manera singular el respeto y la autoridad que mantenía en toda la sociedad el «Consejo de Ancianos», encargado de conservar y transmitir las costumbres y las normas morales. «Ellos -escribió Sahagún- depositarios de la sabiduría de su raza, llenos de prudencia y virtud, que alcanzaran a través de una vida de sobriedad y penitencia, eran los guías constantes de la juventud. Se inculcaba a los mozos respeto y reverencia a la vejez y obediencia a sus consejos. Las palabras de los viejos y viejas eran tenidas en muy alto concepto por los mancebos y guardábanlas como tesoro en su corazón». Pero donde el padre Sahagún más fuertemente destaca su admiración, fue en la rigidez y austeridad de la educación de los jóvenes aztecas en sus escuelas llamadas «tepochcalli» para el estudio de los guerreros y el «calmecac» para el sacerdocio. En ellas, con muy severa disciplina, enseñaban la continencia y las buenas costumbres. Los castigos eran terribles y se aplicaban gradualmente según la gravedad de las faltas, hasta la muerte a palos destinada al culpable de ebriedad; tal era el concepto que tenían de ese vicio, al que consideraba ignominioso y el principio de todo mal y de toda perdición, porque era causa de toda la discordia y disensión, de todas las revueltas y desasosiego del pueblo. También a sus mujeres las educaban celosamente. Conservaban a las doncellas en estricta castidad y decoro, ocupadas en aprender labores de su sexo hasta la edad propia del matrimonio. A los niños les daban un cariño especial porque decían que tenían el corazón limpio y sin mezcla de pecado, perfectos y sin mancha; como piedras preciosas «chalchihuites» y zafiros, y que ellos eran los intercesores para con los dioses. También afirmaba Sahagún que el rey o emperador era tenido por padre y protector de su pueblo y sabía responder a su confianza con una vida recta y severa; pero lo que más estimaban los súbditos en su soberano era, sin duda, la humildad en medio de su poder y riqueza. Otro motivo de admiración para aquel buen fraile franciscano fue la arquitectura de la raza nahoa o azteca; sus maravillosos templos al sol y a la luna, las increíbles construcciones en Cholula, que le daban el aspecto de otra Roma y sobre todo, la capital tenochca «Tenochtitlan» en medio de un lago, semejante a Venecia, eran objeto permanente de su asombro».

Hasta aquí he contado las grandezas que admiró el Padre Sahagún, pero tengo también otros testigos de honor, entre ellos, los franciscanos Pedro de Gante, y fray Toribio de Benavente; este último llegó a México en 1524 dentro del famoso grupo de los «doce». El primero llegó un poco antes . . . Ambos realizaron con esfuerzo y

devoción el ideal cristiano de la evangelización. Pedro de Gante empezó por aprender la lengua náhuatl y aunque era un poco tartamudo fue un lingüista excelente a tal grado que escribió un catecismo cristiano en esa lengua. En la ciudad de México inició su labor enseñando a más de doscientos hijos de jefes nativos a escribir y leer en latín, a tocar instrumentos musicales, a cantar al estilo europeo, y en general, les transmitió el lenguaje, la fe y la cultura cristiana para que sirvieran de intérpretes a los demás frailes. A las muchachas indígenas les enseñó las artes domésticas y a valorar el matrimonio monógamo. Gante insistió en que los indios eran seres racionales, que en lo innato y en lo espiritual se equiparaban a los europeos, y los consideró aptos para todo, en especial para recibir la fe. Fueron los hechos -decía- no la naturaleza lo que los había hecho serviles, porque habían sido enseñados por el miedo, no por el amor. Gante, el amantísimo franciscano flamenco, estaba persuadido que conforme al pensamiento social dominante en Europa, todos los hombres eran iguales ante Dios y estimaba que la cultura europea con sus valores e ideales eran perfectamente compatibles con las costumbres indígenas. Son muy conocidas las cartas que Gante enviaba al rey Carlos V -de quien se decía era pariente cercano- en las que denunciaba los malos tratos que los españoles daban a los indios; además, nunca aceptó el derecho de los peninsulares para dominar las nuevas tierras, pues para él no era suficiente el derecho de conquista. Los indios -decía Gante- habían sido descubiertos sólo para asegurar su salvación; y que los españoles habían sido enviados por Dios para cristianizar, no para esclavizar, violar y saquear. Ahora bien, aunque fray Toribio de Benavente no es «santo de mi devoción» porque siempre mostró un enconado celo hacia mi obra apostólica, que lo llevó a acusarme de provocador de desavenencias entre españoles e indios y de ser un hombre que «hacía cabras de las ovejas y ponía el carro frente a los bueyes»; no obstante eso, su trabajo de evangelización fue verdaderamente admirable; dijo haber bautizado a 300,000 indios a los que consideraba dignos de recibir la fe de Cristo -a las bestias no se les bautiza-; en una de sus cartas al monarca español expresó que una vez que habían perdido los indios sus viejas creencias y prácticas paganas, eran notablemente virtuosos, racionales y valiosos; en particular alabó la rapidez con que aprendían a leer y escribir en español y latín. También tengo conocimiento de que actualmente en Michoacán, que es una de las tierras más bellas de la Nueva España, con grandes bosques y hermosos lagos, el obispo Vasco de Quiroga ha realizado tan admirable labor misional con los indios que cariñosamente le llaman «Tata Vasco». En ese lugar, aplicando los principios humanistas erasmianos, ha construido aldeas-hospitales aprovechando que la vida comunal de los indígenas se apegaba en gran manera a los principios del cristianismo y a la vida de los monasterios de monjas y de frailes. Quien puede tener más conocimiento de esta gran labor es su excelencia Bartolomé Carranza, aquí presente y miembro distinguido de esta Junta, que a mi entender es gran amigo de Vasco de Quiroga.

Como pueden ver, distinguidas eminencias, he presentado testimonios más concluyentes acerca de la racionalidad de los indios, que las infundadas opiniones en las que basa Juan Ginés de Sepúlveda sus aseveraciones de asemejarse en su barbarie a bestias, asnos, micos o monas. Porque yo creo honestamente que son

más calificadas las opiniones de Sahagún, Gante, Motolinía y Quiroga que las de Ortiz y de Betanzos; porque aquéllos han pasado gran parte de sus vidas al lado de los indios haciendo una verdadera labor de apostolado, compartiendo su idioma, sus costumbres, sus atavismos; sus miserias; luchando por desterrar de su alma sus antiguas creencias y de inculcarles la doctrina y el amor de Cristo. Y junto con todo esto, tratar de sincretizar, en lo posible, su arcaica cultura con los ideales de la civilización occidental europea. En cambio, Tomás Ortiz y Domingo de Betanzos, si bien hicieron un buen trabajo misional, estuvieron muy lejos de profundizar en el alma de los indígenas. De haberlo hecho, hubieran encontrado, como encontramos los que sí lo hicimos -porque en esto yo también me apunto- generosos horizontes espirituales, fecundos y aleccionadores, donde todavía nos falta mucho por comprender y admirar.

Pero volviendo al origen de este debate yo quiero preguntarle a mi contraparte, es decir, al señor Sepúlveda ¿Por qué acudir a Aristóteles para fundar una teoría que pretende aplicarse en España, donde todo se rige por el pensamiento y la doctrina de Cristo a través de sus monarcas? pues no debemos olvidar que Aristóteles, con toda su gran sabiduría que nadie pone en duda, fue un filósofo pagano que vivió 380 años antes de que naciera Jesús y tampoco debemos olvidar que el advenimiento de Cristo vino a transformar todos los principios filosóficos, morales y religiosos que prevalecían hasta entonces; la «verdad revelada», que es el fundamento teológico del cristianismo, con su dulce religión de amor, bienaventuranza, y redención, desplazó las arcaicas teogonías politeístas donde imperaban, a base del temor, paganos dioses iracundos y vengativos a quienes los hombres reverenciaban para calmar sus iras y colmar sus excesos. Ahora bien, si España; si el pueblo español, con sus católicas majestades a la vanguardia, han sido quienes con mayor conciencia y fervor han defendido la religión cristiana, y si ésta nos enseña que todos los hombres somos hijos de Dios, iguales entre sí y ante él, sin distinciones de ninguna especie, yo insisto en la pregunta: ¿Por qué tenemos que hacerle caso a Aristóteles o a sus conspicuos seguidores -como es el caso del Sr. Sepúlveda- que afirman la teoría contraria, o sea; que existen desigualdades naturales entre los hombres por el uso de su razón o por atributos corporales, de tal suerte que unos nacen para ser señores y otros para sirvientes, y todavía más, que es válido y justo hacerles la guerra para someterlos? ¿Distinguidas eminencias que adornan esta trascendente Junta!: Esto verdaderamente me subleva, porque para aceptar las aseveraciones de este señor Juan Ginés de Sepúlveda tendríamos que admitir que no hay nadie entre Aristóteles y nosotros; que no ha sucedido nada desde entonces. ¡No, señor Sepúlveda! Entre Aristóteles y nosotros se levanta un monte: ¡El calvario! Se levanta un cadalso: ¡La Cruz! Se levanta un mártir: ¡Jesucristo! Él no está entre los vencedores, sino entre los vencidos; no pertenece a los patricios romanos, sino a los cautivos de Roma; no esgrime la espada de los guerreros, sino la dulce palabra del sermón; no tiene por cuna un altar, sino un establo; no lleva entre sus discípulos a los poderosos del mundo, sino a los pobres que se ha encontrado en las encrucijadas del camino y a las orillas del lago Tiberiades; no ciñe una corona de diamantes, sino de espinas; y se confunde con todos los hombres en algo que a todos nos iguala: en el dolor, como una demostración de que la

igualdad humana encuentra entre sus mártires, no a héroes, o filósofos, o profetas, sino al mismo Dios. Esta idea de la igualdad es religiosa, filosófica, política y humana. ¡Vaya! Por todo esto; por el sufrimiento de Cristo, por su humildad, por su sacrificio, por su redención, es por lo que afirmo que el cristianismo, socialmente considerado, es ¡La teología de la igualdad! Por eso señor Sepúlveda combato sus anticristianas teorías esclavistas; ¡Quédese Usted con su maestro Aristóteles. Yo me quedo con mi divino maestro: Jesús! . . . Después de aquellas palabras hubo un silencio reverente, indudablemente atribuible a mis invocaciones sagradas; un poco después Ginés de Sepúlveda hizo uso de la palabra y dijo:

“Después de escuchar a Las Casas no he podido evitar que se me vengan a la cabeza las palabras de Motolinía cuando decía que fray Bartolomé era capaz de hacer «cabras de las ovejas». Yo nunca me atrevería a anteponer las teorías aristotélicas a las enseñanzas de Cristo nuestro Señor. Más, tengo por sabido que muchos de los principios filosóficos, éticos y categorías morales concebidos por los grandes sabios griegos de la antigüedad, como Sócrates, Platón, Aristóteles y otros, aparecen ahora dentro del catecismo de virtudes morales que debe de observar y difundir un buen cristiano. Por eso no creo que las tesis aristotélicas estén reñidas con el catolicismo; prueba de ello es que uno de los más grandes Padres de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino en su magnífica obra el Regimiento de los Príncipes corroboró las teorías de Aristóteles recordando que Tolomeo demostró en su obra llamada el Cuadripartito que las costumbres de los hombres son distintas según las diferencias de las constelaciones, por la influencia que ejercen los astros en la voluntad humana, y que por esa razón hay provincias aptas para la servidumbre y otras para la libertad, según las influencias celestes. Pero aparte de mencionar esto, Santo Tomás se adhiere expresamente a Aristóteles sosteniendo que entre los hombres hay unos que son siervos según la naturaleza; pues faltos de razón por algún defecto natural, conviene reducirlos a obras serviles, ya que no pueden usar de la razón y que por esto se dice que su estado es justo naturalmente. Yo creo que con lo anterior dejo demostrado que el pensamiento aristotélico, no está reñido con las propuestas cristianas”.

¡Qué barbaridad! Señores míos; -repliqué inmediatamente- ¡Cuánta falta de información acusa el señor Sepúlveda! Definitivamente, no obstante los poderes que me concede Motolinía, va a ser muy difícil que yo pueda hacer una cabra de esta oveja . . . ¡Es falso de toda falsedad que Santo Tomás haya aceptado las tesis de Aristóteles en lo relativo a la servidumbre natural! Todos los que hemos estudiado y venerado las vidas de los grandes teólogos del cristianismo sabemos que Tomás de Aquino sólo alcanzó a escribir los primeros tres capítulos del libro Segundo del «Regimiento de los Príncipes» cuando lo sorprendió la muerte, y también sabemos que inopinadamente Tolomeo de Luca completó los capítulos faltantes, que es en los que por su cuenta adopta, indebidamente, argumentos aristotélicos relacionados con la servidumbre natural, contradiciendo el pensamiento de igualdad de los hombres ante Dios expuesto por Tomás de Aquino en su obra cumbre; la Suma Teológica. Esta es una infamia literaria que no deben perdonar los fastos de la historia del pensamiento universal. El otro gran Padre de la Iglesia: San Agustín, también proclamaba la igualdad humana. Afirmaba él que cualquier hombre nacido

en cualquier región, de cualquier color, forma, lengua, fuerza o voz en cualquier parte o en cualquier característica de la naturaleza, nadie debería de dudar que tiene su origen en el primer hombre creado por Dios. Esta hermandad racional, que se sobrepone a las diversidades naturales, es la que permitió a San Agustín resolver por lógica que todo ser siendo hombre desciende de Adán. Esta hermosa teoría agustina de privilegiar la racionalidad general de la especie humana como consecuencia del acto de la Creación, abre paso a la idea generosa de la hermandad de todos los hombres. En el mismo sentido, un gran pensador que mucho influyó en el pensamiento cristiano -Erasmus- afirmaba con vehemencia que si la naturaleza había creado a todos los hombres iguales y así lo quería Dios ¿por qué los humanos hablaban de servidumbre? y decía: «Dios creó al hombre para que dominase sobre las aves del cielo, los peces del mar, y los animales de la tierra. El quiso que el hombre hecho a su imagen y semejanza dominase sobre los irracionales, no que el hombre dominase a otro hombre». En esos mismos o similares términos se pronunciaron a favor de la igualdad humana otros eminentes pensadores como Francisco de Vitoria, Juan Luis Vives, Bodino y ¿por qué no mencionarlo? nuestro rey Alfonso X, El Sabio, orgullo de España, que en su maravilloso código llamado Las Siete Partidas, legó a la humanidad un conjunto de leyes plenas de sabiduría, humanismo y de moralidad que abrieron nuevos rumbos a la justicia humana y la acercaron un buen tramo a la divina. En ese cuerpo legal se decía: «La servidumbre es la más vil y la más despreciada cosa que los hombres puedan hacer; así mismo, la libertad es la más preciada y cara. Regla es de derecho que todos los juzgadores deben ayudar a la libertad porque es amiga de la naturaleza, y porque la aman todos los hombres». Como podréis ver, los españoles tenemos muchas y fundadas razones para rechazar las teorías aristotélicas adoptadas por Sepúlveda.

Ahora bien, como a veces este debate ha tenido momentos coloquiales, yo quiero preguntarle a mi contraparte ¿qué piensa respecto de si los varones admirables de la antigüedad, entre ellos los filósofos, que murieron antes del advenimiento de Cristo se perdieron o se salvaron espiritualmente? A lo que Sepúlveda inmediatamente contestó: «Yo pienso que Aristóteles debe de hallarse entre los bienaventurados porque su doctrina en poco o en nada difiere de la cristiana». ¡Yo creo lo contrario! -repliqué- porque sus tesis esclavistas basadas en la desigualdad humana antagonizan con el pensamiento cristiano; además, dada la condición pagana de dicho filósofo pienso que en estos momentos estará ardiendo en los infiernos. Porque, suponiendo que hubiera algunos hombres bárbaros en el mundo, habría que distinguir varias clases de barbarie; latamente podemos decir que hay bárbaros que tiene alguna extrañeza en sus costumbres, pero no les falta prudencia para regirse. Otros que pueden considerarse en esa calidad por carecer de caracteres y letras, es decir, por falta de educación o cultura; pero a estas dos clases de bárbaros no podríamos considerarlos como siervos por naturaleza y que por esto se les pudiera hacer la guerra justamente. Yo creo que, en todo caso, podrían aplicarse los argumentos aristotélicos solamente a una tercera clase de bárbaros que son aquéllos que andan como fieras silvestres, que vivan por los campos sin ciudades ni casas, sin policía, sin leyes, sin ritos ni tratos, robando y haciendo fuerza. A éstos si era justo hacerles la guerra y someterlos por la fuerza;

pero los indios de América no tipificaban en este último grupo, pues tenían gobierno, leyes, ciudades portentosas, signos elevados de cultura, costumbres familiares y aptitud para la evangelización. Gracias a eso el Papa Paulo III en una reciente bula, precisamente en 1537, recordando las palabras de Cristo declaró ante el mundo cristiano: «Id y enseñad a todas las gentes, indiferentemente, porque todas son capaces de recibir la enseñanza de nuestra fe; aquestos mismos indios como verdaderos hombres, son capaces de la fe de Cristo. Decláramos que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí en adelante vinieren a noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no estén privados, ni deben serlo, de su libertad, ni del dominio de sus bienes; han de ser atraídos y convidados a la dicha fe de Cristo».

Pudiera darse el caso, también, de que por «errores de la naturaleza» existieran algunos hombres faltos de razón para gobernarse a quienes pudieran aplicarse los principios aristotélicos, pero serían casos de excepción; una especie de monstruos en la naturaleza humana, pero serían muy poquitos. Un hombre o un animal pueden nacer, por excepción; cojos o mancos; o con un solo ojo, o con más de dos, o con seis dedos; lo mismo ocurre con los árboles y en las otras cosas creadas por la naturaleza; pero atribuir esta circunstancia monstruosa a todos los habitantes de un continente en general es imputarle un magno error a la Divina Providencia que al pretender crear a esos millones de hombres a imagen y semejanza de Dios, sufrió tan inmenso descuido que resultó esa inmensa cantidad de seres irracionales y que saliesen todos insociales y por consiguientes monstruosos, contra la natural inclinación de todas las gentes del mundo creadas por la misma Gran Divinidad. Y seguí diciendo: Después de tan irrefutables argumentaciones que he expuesto en contra de las tesis aristotélicas y sepulvedianas respecto de la servidumbre natural, me resulta más trivial e insostenible la teoría de fray Bernardo de Mesa que basa dicha servidumbre en circunstancias geográficas y climáticas, afirmando que hay regiones, particularmente las insulares, donde los habitantes isleños, por razones del clima y la influencia de la luna, adolecen de perseverancia en la virtud y en la constancia y viven degradados en el vicio. Aunque el padre Mesa se refirió concretamente a los antillanos debe suponerse que sus principios son aplicables a todos los habitantes de islas, que por estar rodeados de agua, hay grandes reflejos de luna y climas especiales. Sobre este aspecto yo quisiera que se les preguntara lo que opinan los habitantes de Inglaterra, Sicilia, Normandía, las islas baleares y mallorquinas como habitantes isleños que son. ¿Aceptarán ser considerados siervos naturales?

Como ya no se plantearon nuevos argumentos, fray Melchor Cano dio por terminada la reunión sin más, ni más; lo que me provocó una amarga frustración; pues yo esperaba un fallo a favor de alguno de los debatientes, o al menos, algunas conclusiones. Al salir Domingo de Betanzos me lanzó una mirada de resentimiento. Después supe que en su lecho de muerte se arrepintió de todo lo que dijo en contra de los indios. También Domingo de Soto se acercó a mí y en voz baja me dijo: «Bartolomé, yo estoy de acuerdo contigo, pero consiento la servidumbre cuando es evidentemente más benéfica para el siervo, que para el amo». Y yo le contesté: «El

riesgo mayor es que con ese pretexto se generalicen las encomiendas y la esclavitud, porque ¿quién va a definir el criterio?»

Pues bien, aunque nunca se dio un veredicto sobre los puntos tratados en aquella Junta de Valladolid, yo percibí que las preferencias reales habían sido en mi favor en el hecho de que mis argumentos fueron publicados de inmediato y los de Juan Ginés de Sepúlveda ¡nunca!

Si alguien me preguntara ¿Cuáles fueron las consecuencias prácticas de esa lucha permanente en favor de los indios? . . . Yo respondería: «La Junta de Burgos promovida por mí ante Carlos V y presidida por él, dejó como mejor resultado la idea generosa de que los indios no eran esclavos, sino vasallos del rey y que el espíritu principal de la conquista era la evangelización de los indígenas, no su explotación; todo ello bajo el principio de que Dios permitió a España el descubrimiento y conquista de las nuevas tierras para llevar a cabo la sagrada misión de difundir la doctrina de Cristo. Con esta idea llegaron al Nuevo Mundo grandes grupos de frailes de órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos y agustinos principalmente. Fue tan grande la mística misional de estos santos varones, que traspasando sus deberes cristianizantes se convirtieron, por afinidad, en protectores de los indios contra los excesos de lujuria y codicia de los conquistadores. Surge entonces una nueva situación inopinadamente: Los frailes más distinguidos establecen una relación directa con Carlos V, mediante correspondencia informativa permanente que permite al monarca conocer los hechos verdaderos en la Nueva España; las cartas del padre Sahagún y de Pedro de Gante, y después las de Juan de Zumárraga, Toribio de Benavente y de Vasco de Quiroga, contándole al rey las virtudes de docilidad, nobleza y predisposición de los indios, así como los malos tratos de que eran objeto, provocaron que éste le solicitara al Papa Pablo III la famosa bula donde se reconoce que los indios tienen alma como todos los hombres y que tienen el derecho a la libertad y al dominio de sus bienes, así como a recibir la gracia de la fe de Cristo. No obstante esa bula los españoles continuaban maltratando y sojuzgando a los indígenas ante la complacencia de los virreyes; con ese motivo volví a España y después de hablar con su majestad logré que dictara las llamadas Nuevas Leyes que prohibían las encomiendas y la esclavitud y que muy pronto fueron revocadas ante las airadas protestas de los españoles en América. Ese triunfo de los encomenderos provocó gran euforia y por supuesto, arreció la inicua explotación de los indios; por eso, fue muy importante el resultado de la Junta de Valladolid en 1550, pues de haber prevalecido las ideas de Juan Ginés de Sepúlveda respecto de la desigualdad humana y de la servidumbre natural, las encomiendas y la esclavitud se hubieran institucionalizado en América con su saldo de horror, sangre e injusticia, ya que dichas teorías justificaban la violencia; por lo contrario, la derrota de esas tesis provocó que Carlos V en 1556 redujera las encomiendas a sólo dos generaciones y que todas las que quedaran vacantes se acogieran a la Corona . . . Después de mi muerte acaecida en 1566, a los 92 años de edad, vinieron las ordenanzas de Felipe II en 1573 donde se sustituyó el término «conquista» por el de «pacificación», lo cual suavizaba la relación de los españoles con los indígenas; luego en 1680, siendo rey Carlos II se promulgó la Recopilación de las Leyes de Indias donde se «prohibió hacer la guerra a los indios para que

recibieran la santa fe católica, ni para ningún otro efecto». Por fin, en 1720 quedaron definitivamente suprimidas las encomiendas, bajo el reinado de Felipe V; aunque un tanto retrasada esta decisión, no puede negarse que fue el resultado de muchas luchas de los indigenistas de ese tiempo contra los intereses de los explotadores de los indios.

#### MODERADOR

En la sala contigua a este recinto se encuentra el padre jesuita Francisco Javier Clavijero, el cual fue convocado oportunamente conforme a las propuestas de todos ustedes. Su relevante defensa de la cultura, religión, tradiciones y costumbres de nuestros indios, modificó el concepto que se tenía en Europa acerca de los habitantes autóctonos del nuevo continente, lo que permitió que ya no se dudara de su sorprendente racionalidad humana y que se les reconociera su capacidad de ser tutelares de los derechos universales del hombre. Esta actitud lo convierte en uno de los primeros liberales de México, por lo que les ruego darle una digna bienvenida.

#### RELATOR

Al ingresar el padre Clavijero todos los presentes clavaron su mirada tratando de descubrir en su presencia física, su personalidad, ya que, habiendo vivido una época intermedia entre la Conquista y la Independencia, su figura era más bien desconocida para los demás integrantes de la reunión; no así sus obras, ya que sus publicaciones eran imprescindibles en la biblioteca de todo hombre de cultura; particularmente de aquellos de pensamiento liberal. Ataviado con una sencilla sotana negra, que apenas le cubría un poco abajo de las rodillas y sin ningún rasgo impresionante o peculiar de personalidad, excepto su mirada tierna, pero firme, reveladora de un temperamento capaz de oscilar en diversos extremos de actitud, avanzó con pasos presurosos y tomó el lugar que se le tenía asignado, en medio de una discreta ovación acompañada de palabras afectuosas.

#### MODERADOR

Respetuosamente le pido al padre Clavijero nos hable con toda amplitud acerca de sus luchas en favor del reconocimiento de la racionalidad de nuestros indios, mediante la publicación de su cultura en el Viejo Continente.

#### FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

Con todo agrado voy a atender su petición. Hace unos momentos, cuando me encontraba en la "sala de pasos perdidos" anexa a este recinto, esperando ser recibido por ustedes, no pude evitar -además, no quise evitarlo- escuchar las encendidas palabras de mi nunca suficientemente admirado fray Bartolomé de las Casas, entre las que destaca el debate que tan brillantemente sostuvo en 1550, en contra de las nefastas teorías aristotélicas proclamadas por Juan Ginés de Sepúlveda sobre la servidumbre natural y la presunta inferioridad de los indios, dio por resultado,